





# **AMORES PODRIDOS**

## **AMORES PODRIDOS**

ISBN 978-840926048-5

Depósito Legal: Antonio Jorques MA 1532 - 2020

Copyright: ©John Kumara 2020

Diseño de portada: Rocío Jorques

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente en todo o en parte de esta obra literaria, artística o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicación a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados son constitutivos de delito contra la propiedad intelectual (arts.270 y sgts. Código Penal).

Lágrimas que esculpen la Tierra,  
llantos que truenan en el firmamento.  
¡Ay!, desgracias de la vida, del mal vivir,  
mientras unos lloran, otros ríen...

John Kumara

---

Siempre se ha dicho que la hermosura es de doble filo,  
corta o araña...

John Kumara

Tengo un pacto de silencio con la vida,

nadie me sacará una palabra.

Vivo en ese silencio, al lado de la sombra

y solo deseo que mi alma sea sentida...

John Kumara

---

Ese hombre que me amaba

y que ya nunca más quiso amarme,

algo grande le dolió, ya nunca quiso perdonarme...,

pero su amor por mí, lo delataba...

John Kumara<sup>1</sup>

---

Al final de la novela se encuentra un glosario con palabras de la jerga caló y andaluza.

# **AMORES PODRIDOS**

**JOHN KUMARA**

# 1

Con los primeros rayos del sol, María González acostumbraba a levantarse de la cama, tomarse un vaso de agua en ayunas, asearse y arreglarse, lo normal de una mujer. Ella era natural de Sevilla. De su anterior matrimonio tenía tres hijos, dos varones y una hembra, que ya vivían por su cuenta. Ahora convivía con un hombre de etnia gitana llamado frasco Jiménez. Sin duda, la relación entre ambos era equilibrada, dos personas que se amaban y se respetaban.

María, enganchó la correa al collar de Cali, su caniche, y salió a pasear por el parque María Luisa. Todos los días a la misma hora recorría el mismo itinerario: salía de su piso de ciento cuarenta metros cuadrados, un primero, letra A de la calle Penita número 44, y se encaminaba hacia el parque. Veinte minutos después volvía a su casa.

No se podía decir que fuera una mujer guapa, pero tenía su atractivo. Acababa de cumplir cincuenta años, era alta y esbelta, y su cara era lo más llamativo que tenía, alargada, despejada, de facciones suaves y con ojos penetrantes de un marrón claro que parecían hablar y unos labios carnosos bien perfilados. Su cabello, exuberante y trenzado, era negro azabache.

María advirtió que dos hombres de unos cuarenta años se le acercaban. Iban mal vestidos, desaliñados, con el pelo despeinado y con una barba de tres o cuatro días. El más alto, delgado, calvo, de ojos negros vivarachos y apodado Malasaña, era el que llevaba la voz cantante. Su nombre de pila era Santiago. Al otro lo llamaban el “Pegote”, aunque su nombre era Agapito. Era más bien bajo, de mirada tímida y de complexión fuerte.

Se pararon a dos metros de María, y Malasaña se dirigió a ella con un piropo:

–Bonito perro, pero usted lo supera una Jartá en guapura.

Ella ni se inmuto, haciendo oídos sordos.

–Usted tiene lo que no tienen otras mujeres y más... –continuó el Malasaña al ver que ella no habría la boca–. Tiene temple, es bonita y unas curvas para perderse.

Esta vez María no pudo disimular la gracia que le hizo y sonrió discretamente.

«A esta mujer la conozco de vista y a su marido también, un calé entrado en edad», se dijo Pegote.

–Su sonrisa, lo mismo que sus ojos, tienen una belleza fuera de lo común –dijo Malasaña, al tiempo que le dirigía una mirada lasciva ante la cual María no pudo evitar sentirse incómoda.

–Usted perdone, pero yo soy una mujer casada y no es de recibo que me hable de ese modo.

–Me gustaría invitarla a una copa –insistió Malasaña, con ojos del deseo ajeno.

María pensó que no le quedaba más remedio que seguir diciendo:

–le repito que soy una mujer casada y no quiero nada con usted, ¿entendido?

–Su marío no se va a enterar –replicó Malasaña en voz baja, después de encogerse de hombros–. Además, yo le hablo tal como lo sienten mis huesos.

–¡Y yo le digo que no vuelva a acercarse más a mí, grosero, maleducado! –le espetó ella con lágrimas en los ojos.

–Anda, déjala tranquila. Ya está bien Santiago –intervino el Pegote–. No nos metamos en problemas que conozco a su marío y es gitano, joder...

Malasaña lo miró ceñudo e hizo una mueca de escepticismo. Luego se acercó a ella.



–Vámonos, no nos compliquemos la vida –repitió el Pegote después de lanzar un bufido de impaciencia–. Déjala, colega...

–¡Tú, no vuelvas a llevarme la contraria! –lo amenazó Malasaña.

Pegote enmudeció, esta vez con gesto sumiso. «Con este gorila no se juega, y menos cuando se pone de mala leche», pensó.

En cuanto María se dio la vuelta, Malasaña aprovechó para tocarle las nalgas y rodearla con sus corpulentos brazos.

–Pero, ¡qué haces! –gritó ella.

–Déjame que te dé un beso, guapísima –y estampó violentamente sus gruesos labios sobre los de ella, mientras María forcejeaba en vano por deshacerse de él, hasta que al final, le mordió el labio superior.

–¡Déjame desgraciado! Lo insultó, fuera de sí.

Malasaña se llevó los dedos a la boca. Al ver que se teñían de rojo, cambió el gesto y, sin mediar palabra, la hizo caer al suelo de espaldas dándole un golpe un golpe en el pecho.

El caniche ladró enfurecidamente a Malasaña y Pegote advirtió a lo lejos gente que se acercaba.

–¡Ya está bien! Malasaña, No quiero problemas. ¡Ahí te quedas!

Ella se levantó del suelo con expresión de dolor, llevándose la palma de la mano al pecho.

–Vale, tío... –dijo al fin Malasaña, pasándose la lengua por los labios.

–Mi marido es gitano. Él ajustará cuentas contigo, acuérdate –lo amenazó ella, mientras él se alejaba.

Malasaña se quedó algo pensativo al oír las palabras de la mujer, pero terminó lanzando un bufido, tras encogerse de hombros.

María se apresuró a volver a casa por una callejuela para evitar que la gente le preguntara, pero una amiga del barrio, Pepa, que se había percatado de todo, la reconoció y la llamó:

–¡María, espera! ¿Qué te ha pasado, mujer? He visto de lejos al tío ese, pero no me suena su cara... Del barrio nuestro no será, ¿verdad?

La Pepa era una mujer menuda, delgada y de unos sesenta y cinco años, con el pelo blanco y ojos oscuros.

–Nada, mujer, un mal nacido que se ha querido aprovechar... –balbuceó María.

–¡Un malnacido, eso digo yo también! ¿Quién será el hijo de la gran puta?

«Debo tener cuidado con lo ocurrido, no sea que luego la gente crea que aquí ha habido tomate», pensó María.

–No lo sé. No lo conozco, Pepa –dijo María azorada, temiendo que alguien pudiera imaginarse lo que no era.

–Pero, ¿seguro que no le conoces de nada? –insistió la Pepa con cierta suspicacia–. Anda cuenta...

María se lo pensó dos veces antes de contestar, pensando cómo quitarle hierro al asunto.

–Pepa, déjalo ya, que no ha sido para tanto, mujer. Y no le digas a la gente na de lo que hemos hablado, no sea que luego piensen cosas que no son y me busquen la ruina...

–Ya, si yo no digo na, pero os ha visto más gente, no he sido yo sola...

–Bueno, ¿pues tú quieres hacerme un favor? –le pidió María.

–Pues claro, tú dirás mujer...

–Si te preguntan, tú no digas na...

–Descuida, que te entendió a la primera. –dijo la Pepa, al tiempo que juntaba los dedos pulgar e índice y se los llevaba a los labios, luego los deslizó de izquierda a derecha

como cerrando cremallera—. Tú no te preocupes, que yo, en este asunto, ni entro ni salgo. En boca cerrada no entran moscas.

—Gracias por hacerte cargo.

—De nada mujer —dijo la Pepa campechana, y se marchó por otra calle.

\* \* \*

Diez minutos después, María le contaba lo ocurrido a su marido, Frasco Jiménez, que empuñaba una garrota de caña india entrelazada con cintas de cuero, característica de la etnia gitana. Era un hombre enfermizo, delicado del corazón, de buenos principios, culto inteligente y con una fe en Dios inquebrantable, aunque no practicante. Tenía sesenta y cinco años, pero aparentaba más, bajo y delgado, de tez morena, pelo azabache salpicado de vanas y mirada huraña.

—Y a todo esto, ¿tú acaso le diste confianza a ese payo, malparío? —preguntó Frasco con semblante serio.

—¿Yo? Ninguna, y eso te lo juro por lo más sagrado, Frasco, cariño mío —le contestó ella mientras se santiguaba.

—¿Entonces, ¿con qué derechos se ha metido contigo, con una mujer decente.

Ella se encogió de hombros y dejó escapar un suspiro.

—Mi deber era contártelo todo, con pelos y señales, mi alma.

—Y eso te honra, mujer —dijo él apretando las mandíbulas—. Esto no va a quedar así. A este lo mato como que soy gitano. En cuanto lo pille y me lo eche a la cara lo enderezo a garrotazos. Por la leche que mamao que el gachó este no sabe cómo me las gasto yo...

—Creo que es mejor olvidarlo, Frasco —comentó ella quitándole importancia al asunto—. Piensa en lo que dirá la gente si armamos un escándalo...

—¡No, de eso naa! —gruñó enfadado dando un garrotazo a la mesa del comedor y haciendo añicos las tazas que estaban preparados para el desayuno—. Como gitano que soy, este payo no sabe todavía la que se le avecina a sus costillas... En cuanto a lo que piense la gente, eso, para los payos: para mí lo que vale es la ley gitana, ¡y no se habla más!

Ella guardó silencio con aire de preocupación.

—Anda, ahora dime cómo son esos payos malas hierbas que se han metió en el sembrao...

—Como te contaba antes, eran dos, pero el que se metió conmigo era uno al que llaman Santiago Malasaña...

—¿Y tú cómo sabes que se llama así? —se apresuró a preguntarle él.

—Porque el otro que iba con él, así lo llamaba —respondió ella mientras su marido asentía con la cabeza —Ese Malasaña tiene pinta de chulo ruinero.

—Pues el ruinas ese me las va a pagar todas juntas, por mi madre que está en el cielo —refunfuñó levantando la garrota y mirando hacia el techo—. Este payo, se merece un buen sanisco...

—¿Qué es sanisco, Frasco? —quiso saber ella.

—Es una palabra gitana que significa “castigo”. —respondió el con semblante serio.

Hubo un breve y tenso silencio.

—Anda, vámonos para el parque, a ver si vemos a ese espabilao... Y tú, para mayor respeto, di pa siempre que eres casada y que yo soy tu marío.

Ella asintió con expresión meditativa.

—Cómo tú digas. Y en cuanto a Malasaña, si lo veo, ¿qué hago?

—Me lo señalas con el dedo.

María, volvió a asentir con expresión preocupada.

–Y tú solo, ¿qué vas a hacer ante un tío con unas espaldas más anchas que un armario ropero? –dijo ella preocupada.

–Tú déjame a mí, que yo, con la carchava que llevo, lo hago entrar en razón. A mi manera, claro –dijo Frasco apretando y mordiéndose los labios.

El rostro de María se contrajo en una mueca, temiéndose lo peor: «Por Dios, espero que la sangre no llegue al río», pensó.

Se encaminaron hacia el parque y estuvieron una hora merodeando por todos los rincones. Al final desistieron y se volvieron a casa.

## 2

Al día siguiente, sobre las diez de la mañana, María y su marido Frasco se encontraban en el parque María Luisa, con la única intención de encontrarse con Malasaña. Se encaminaron por los laberintos esperando verle la cara y ajustar cuentas. Después de tres horas dando vueltas en vano, desistieron de sus pretensiones.

Media hora después, María se dispuso a hacer la comida del mediodía, unas lentejas. Al preparar el sofrito, y luego echar el agua y las lentejas, cayó en la cuenta de que no tenía un cacho de chorizo ni morcilla.

–Mira Frasco, mi alma, voy a salir un momento a comprar un poco de embutido, que no queda –dijo ella–, ya sabes, sin chorizo ni morcilla las lentejas salen insípidas.

–Claro mujer, a cada cosa lo suyo y las lentejas sin chorizo y morcilla no saben a naa –comentó Frasco sentado frente al televisor.

–Ah, y mueve las lentejas pa que no se peguen que acabo de ponerlas ahora mismito –le recordó–, no se te vayan a quemar, que vuelvo en seguida.

–Bueno, pero no vayas a tardar, mujer...

–No tardaré, pero tú por si acaso no te vayas a dormir en los laureles, no sea que a la vuelta estén socarrás, que te conozco.

No te preocupes mujer, vete tranquila, que yo ya me las apaño...

–Vámonos, Cali.

El caniche tras escuchar la voz de María, ya sabía que iban a salir de nuevo y movió el diminuto rabito. Ella cogió la correa, la ató al collar y salieron a comprar en una de las tiendas más cercanas de ultramarinos.

En cuanto María salió por la puerta de la calle, se dirigió calle abajo y a mitad de camino de la tienda escuchó una voz que recordó al instante:

–¡Hola, mi alma! ¿Cómo estás guapetona...?

María se volvió y se quedó bloqueada mentalmente tras verle y escuchar esa voz tan característica del chulo puta.

–Dios, otra vez el Malasaña, qué pesadilla –masculló, con la respiración entrecortada.

–Qué pasa, ¿no te gusta mi presencia?, con lo que me gusta a mí la tuya... –le dijo sonriendo.

–No. No me gusta –le replicó mirándolo seriamente–. Vete de mi vera o de lo contrario...

–De lo contrario qué... –la interrumpió Malasaña, mostrando una expresión chulesca.

–Vete o llamo a la Policía, ¡ea!

–Llama a quien quieras porque yo no estoy haciendo nada malo –dijo fingiendo indiferencia. Luego añadió con firmeza–: Y no olvides que mientras no me acueste contigo un buen rato no cesare en mi empeño, así que tú veras...

«Este es un maniaco sexual y mi marío debe pararle los pies cuanto antes», pensó ella.

–Mira, ándate con tiento que soy una mujer casá y mi marío ya está al día de tus andanzas e intenciones deshonestas conmigo –le advirtió ella con expresión adusta, y tras una leve pausa añadió–: Mi marío es mayor y lo respeto a morir.

–Uyyy, mira cómo tiemblo de miedo –le replicó con una risita, y tras una pausa le soltó con mordacidad–: Mi colega el Pegote ma comentao que tu gitano está caducao y envejeció... Eso no pega contigo, yo soy clavao pa ti, soy la prenda pa tu percha en toos los sentíos.

Ella se mordió los labios de impotencia y lo fulminó con la mirada. Luego lo reprendió:

–Como paya que soy, juro que algún día no muy lejano pagarás por tu lengua de víbora malherida.

–¿Eso que es una amenaza o una maldición? –quiso saber él, al tiempo que la miraba interrogativamente.

–Tú reflexiona a ver cuál de las dos te cuadra mejor –le contestó ella visiblemente irritada.

Tras un breve silencio, él rio por lo bajo y se encogió de hombros. Luego la miró lascivamente unos instantes.

–A ti lo que te ocurre es que estas mal, pero mal follá... –prosiguió Malasaña, remetiéndose con descaro y sin respeto—. Si tú quisieras yo podría ser tu querido y te pondría bien, ya sabes... –hizo una pausa y tras mirarla de nuevo con cierta lujuria le dijo–: Sí, te engrasaría bien los bajos, porque a tu edad te estas secando igual que ese viejo carcamal de tu marío, que ya solo te hace cosquillas...

Ella sacudió la cabeza visiblemente nerviosa. «Si pudiera le metía un cuchillo por el cuello y lo habría en canal, al hijo de puta este», se dijo.

–Vete ahora mismo, te juro que muy pronto cortaré tus raíces perversas –lo atajó mirándolo de arriba abajo con expresión de desdén. Luego añadió tajantemente–: Mi marío te va a navajar, él se encargará de que te giñes patas abajo, ya verás. Te juro que te va a despellejar vivo.

Él, se rio irónicamente.

–¡Uy! Qué miedo tu maridito, él que ya no riega porque está en la última etapa de secano...

–Por mis muertos, que entonces será la familia y amigos de mi marío –esta vez ella lo amenazó severamente con lágrimas en los ojos–, por las almas más sagrás que tengo en el cielo, que ellos te despellejarán.

–A mí todavía no ma salió el pario gitano que me tumbé –dijo en un tono envalentado–. A mí, en Sevilla, la mayoría de los calés me conocen y saben cómo me las gasto, peor que un gato panza arriba.

«¡Dios mío! No sé si se está pegando un farol o es más ruinerero de lo que creía, y no quiero sangre dentro de la familia», pensó ella.

–Yo no quiero ruina ni sangre, pero a ti, al parecer y por lo que veo, no te afectan las consecuencias... –dijo ella con una expresión de disgusto. Luego puntualizó severamente–: Mi imagen no va a ser manchada con un tipo como tú, así que tú veras donde te estas metiendo...

El Malasaña hizo una mueca y rio por lo bajo meneando la cabeza. Luego le planteó en voz baja:

–Tú deja satisfacer mis deseos y después, si te portas bien, puede que me olvide de ti...

María advirtió por el rabillo del ojo como se acercaba la vecina, la Pepa.

–Viene una vecina, por favor márchate... –le pidió de buenas maneras.

–Sí mujer, esta vez te voy a hacer el favor, pero no lo olvides, acostémonos unas noches y luego puede que deje la fiesta en paz –le propuso esta vez pensando en dicha posibilidad, al tiempo que se encaminaba a la cantina de enfrente.

–Hola Pepa, ¿qué tal?, ¿cómo estás? –le preguntó María con una sonrisa en los labios.

–Bien María, bien...

–Y tú bien también, ¿no?

–Sí Pepa, bien...

–Y tu marío cómo está del corazón, mejor, ¿no?

–Está delicado –dijo María–, ya sabes, en la vejez todo son achaques.

–Ay, qué me vas a contar a mí que también estoy entre esa edad tan crítica y pachucha.

Se produjo un breve silencio. Luego la Pepa, tras llevarse la mano a la barbilla le preguntó:

–Y ese desaliñao con malas pintas, ¿quién es María, qué te toca a ti...?

«Ya está, con tanta confianza, al final ha tenido que meter el dedo en la llaga, el hurón de Pepa», se dijo.

–Es un familiar lejano, na más –mintió María, encogiéndose de hombros, con tal de no dar muchas explicaciones y quitarle importancia al asunto.

–Verás, es que ayer también te vi con él y ya sabes...

–¿Qué insinúas, Pepa...? –le preguntó visiblemente incomoda.

«No debo decir lo que pienso, ni lo que parecen juntos estos dos, sino algo que no le afecte», pensó Pepa.

–Mujer, como amiga que soy de la familia, te digo en confianza que no parece muy amigo del agua y del jabón.

«Menos mal que me ha salido con esas, creía que iba a decir algo como que estoy flirteando con él», pensó María.

María se echó a reír tras asentir. Luego dijo:

–Bueno, Pepa, me voy que tengo las lentejas cociéndose y se me van a socarrar...

–Vale María, nos vemos en otro momento... –se despidió y cada una se fue en dirección distinta.

La tienda de ultramarinos cerró, era la hora de cerrar las tiendas, la hora del almuerzo.

Diez minutos después, María entraba por la puerta de su piso con una expresión preocupada en el rostro. «Ya verás tú cuando le cuente lo ocurrido a Frasco», se dijo María.

–¿Cómo van las lentejas?

–En vista de que tardabas tanto las he puesto a fuego lento para evitar que se socarraran –dijo Frasco–. Ahora están propias para que le añadas la morcilla y el chorizo.

Ella no pudo disimular su semblante serio, estaba tensa.

–¿Qué te ocurre María, pareces preocupá, hay algo que deba saber, eh? –le preguntó tras fruncir el ceño.

–Sí –asintió cabizbaja–, no sé si decírtelo, pero acabo de encontrarme con el desalmado de Malasaña.

El rostro de Frasco volvió a fruncirse y de inmediato se tornó macilento del disgusto.

–Pero... qué me dices... –balbuceó Frasco, exasperado–. Otra vez ese malnacío...

Ella movió la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

–¿Y qué ha pasao? –preguntó él con semblante serio y mirándola fijamente.

–Naa... –dijo ella en voz baja.

–Cómo que nada, mira, a mí en este asunto el agua clara y el chocolate bien espeso, ¿entiendes...?

–Sí –dijo al fin ella con un hilito de voz.

–Pues arroja todo lo que ha sucedido con ese malparío.

Ella sacudió la cabeza. Luego comentó pensativa:

–No sé si sabe dónde vivo o ha sido coincidencia encontrármelo tan cerca de casa.

–Bueno, ¿pero qué pasó? –la apremió.

–Pues eso, que insiste en querer hacerme el amor y no se baja del burro, el tío sarnoso –respondió ella escuetamente.

Frasco se llevó las palmas de las manos a la frente y se la frotó unos instantes. Su mirada se endureció. Luego dijo:

–Qué me estás diciendo, que ese juntún e hijo de la gran puta quiere acostarse contigo, y no para una y otra vez de meterse en el sembrao ajeno.

Ella asintió en silencio. Frasco frunció los labios y con la mirada enfurecida sentenció:

–Ese canalla se merece mulabarlo, sí, ajusticiarlo dicho en castellano pa que se me entienda mejor. Me las va a pagar todas juntas, de principio a final, pero no será con la jarria... no. No será a través de la justicia y de los tribunales de los payos, sino con la justicia gitana.

–No nos busquemos ruina Frasco, por todos los santos benditos de Dios –dijo con un rastro de preocupación en la voz, y tras una breve pausa añadió–: Piensa también un poco en la mala imagen que vamos a dar en la barriá, si de todo esto llega a enterarse el vecindario... No nos interesa airear los trapos sucios, y menos ajenos a nuestra intimidad, ¿comprendes?

–Sí, claro que te comprendo y llevas razón ahora que lo pienso –asintió lentamente con la cabeza, tras recapacitar unos instantes–. De otro modo no me pararía a pensármelo dos veces, de lo contrario, ahora mismo cogía la escopeta y lo buscaba para tasabarlo, pegándole dos tiros en la cabeza delante de todo el mundo, pero claro, es lo que tú dices, asina no...

Se produjo un largo e incómodo silencio. Finalmente, ella le propuso:

–Creo que sería bueno que nos marcháramos de la barriada por un tiempo, ¿qué te parece la idea, eh?

–Negativa mujer, de aquí no nos conviene movernos –repuso Frasco, y tras reflexionar unos instantes dijo–: Esa decisión va en contra de mis principios, como gitano que soy... Este se ha jugado todo el dinero a la lotería y le ha tocado, por esa razón la va a cobrar, pero bien cobrá, como me llamo Frasco Jiménez –hizo una breve pausa y con la mirada enfurecida sentenció–: Lo voy a saplar, sí... lo voy a condenar de un modo u otro...

Hubo un breve y tenso silencio. Finalmente ella asintió con un leve movimiento de cabeza y comentó:

–Bueno, sí, pero procura hacer las cosas bien pensadas para que la ruina no entre en esta casa...

–Tú no te preocupes que ya veré yo el modo de buscarle la vuelta a ese chulo de mierda –aventuró él.

–¿Cómo...? –quiso saber ella.

–Primero y antes de na hablaré con Pedro, mi amigo el policía, a ver qué sabe de él –respondió Frasco, tras reflexionar unos instantes–. Es un payo de ley.

Ella movió la cabeza negativamente.

–¿Pero por qué con la policía, Frasco?

–Mujer, para que me dé referencias de este tipo, de cómo es y de sus fechorías –repuso Frasco en un tono de voz quedo–. Y a ver de qué forma le puedo yo buscar la vuelta... Él sabe tener la boca callá, tú ya me entiendes, ¿verdad?

–Bueno, bueno, no sé qué intenciones tienes, pero buenas seguro que no –le hizo saber ella.

Frasco meditó unos momentos, luego dijo:

–De momento no se va a enterar nadie, y menos mi familia y amigos, para que no acúen y lo maten por honor, ya que eso daría que hablar en la barriá y no nos interesa. ¿Comprendes por dónde voy?

María asintió en silencio con expresión reflexiva. «Asina se hacen las cosas con premeditación y alevosía», pensó.

### 3

Frasco levantó el auricular y marcó el número de teléfono de la Policía municipal.

–Sí, Policía municipal, dígame –dijo una voz aguda.

–Mire usted, me llamo Frasco Jiménez y deseo ponerme en contacto con mi buen amigo el jefe de policía, Pedro Dueñas.

–Perdón, ¿cómo dice llamarse usted?

–Frasco Jiménez...

–Un momento señor Jiménez, voy a consultárselo.

Segundos después se ponía al teléfono el jefe de policía, Dueñas.

–Hola Frasco, soy Pedro, qué pasa hombre... –le dijo en tono campechano–. Hace tiempo que no nos vemos...

El jefe de policía era delgado y bajo, de cincuenta y cinco años, ojos marrones y pelo blanco.

Frasco y Pedro se hicieron amigos porque eran forofos del Real Madrid y, no hacía mucho tiempo, jugaban por las tardes al dómينو, salían a correr juntos por las mañanas y después desayunaban juntos en un bar cerca del domicilio de Frasco.

–Además de verdad, Pedro... –dijo Frasco–. Bueno mira, te llamo porque tengo un problema que aclarar y quién mejor que tú.

–De qué se trata, Frasco...

–Pues verás, ¿tú por casualidad conoces un elemento de cuidao apodado, Malasaña? –le preguntó.

–Sí, claro, cómo no –respondió de inmediato, Pedro.

La expresión del rostro de Frasco se iluminó. Luego inquirió:

–¿Y cómo es este tipo, cómo es su comportamiento? ¿Y a qué se dedica?

–Este es un malaje de persona, un sinvergüenza, un- elemento que vive en la calle de mala manera, sin oficio ni beneficio –le informó, Pedro–, pero tengo entendido que sus padres, ya entrados en edad crítica, tienen una finca millonaria en el pueblo de Écija... Deduzco que es la oveja negra y descarriada de la familia, si no, no se entendería lo de vivir en la calle y en la miseria, siendo sus padres adinerados, claro... –se interrumpió unos instantes para coger aire y continuó–. También y aunque no vive con ella, tiene una hija, de un penalti que tuvo hace quince años con una joven de Sevilla capital... También tengo entendido que apenas cumplió con el contrato de manutención de la niña, y por lo visto, por lo que me han contado y por contradictorio que parezca, hace más migas con él que con la madre biológica.

–Ya, pero a qué se dedica además de eso... –quiso saber Frasco.

–Al botellón, también tiene mucha afición a meterle mano a las mujeres y sobre todo a las casadas –respondió el policía–. Es un degenerado de primera, un patoso metomen- todo.

–Es andaluz, ¿no?

–Sí, es Sevillano, pero para que te hagas una idea es una especie en vías de extinción de lo negativo que es.

–Ya, me hago una idea –dijo Frasco pensativo. Luego le preguntó–: ¿Sabes si ha estado en la cárcel por algún motivo?

–Sí, afirmativo –le confirmó Pedro–. Cada dos por tres pasa por el calabozo. La Policía y la justicia ya lo tienen fichado por todos lados.

–¡Vaya! –Frasco reflexionó por un instante y volvió a preguntar–. ¿Y su colega de fatigas, ese otro payo que se junta con él? ¿Qué tal es, Pedro?



–Sí, ese se llama Agapito y se apoda Pegote –respondió Pedro–, pero no es malote ni problemático, pero como se junta con el zorrón de Malasaña...

–Claro, comprendo.

Hubo una pausa.

–Bien, ¿y cómo puedo dar con el Malasaña?

–Todas las mañanas al calor del sol se sienta a la entrada del parque María Luisa a fumarse unos porros en compañía de otros, digo de otros porque le gusta parasitar de los demás –le explicó–. También se le ve por la calle Sierpes birlando carteras, ¿te estoy poniendo bien al corriente?

–Desde luego –asintió Frasco.

Se produjo un breve silencio tras el cual Pedro, el policía, le preguntó:

–¿Y a todo esto, a qué se debe tanta indagación si se puede saber?

–Quiero ajustar unas cuentas pendientes con este gachó.

–¿Y eso?

–Porque se está metiendo con mi mujer –dijo con acritud, y tras una pausa añadió con firmeza–: Y yo te juro que como Frasco el Bajo que me conocen los gitanos en toa Sevilla, que este tiene que echar toa la papilla que ha mamao.

–No me extraña del golfo este –comentó el jefe de policía–, pero ten cuidado con eso que es muy vuestro, ya sabes lo de ajusticiar con la justicia gitana... No olvides que no te interesa que se sepa lo ocurrido, pues la gente puede pensar, aunque yo ya sé que no ha sido así, que tu mujer ha tenido la culpa... Y tu imagen, como buen calé que eres y ante los demás gitanos, caería en la deshonra por los suelos, ¿me entiendes, Frasco?

–Cómo no, en eso también he caído, y me lo ha hecho saber ella... –admitió Frasco, pensativamente–. La justicia ya está en camino por mi cuenta, pero no con la gitana, ni la paya, pues como tu bien dices puede ser de doble filo y manchar la imagen, nuestra decencia –hizo una pausa y añadió–: Te juro que no meto a la familia para que no actúe y del mismo modo te pido a ti, que no digas na a nadie de este asunto...

–Descuida que de mi parte no sabrán nada, Frasco –le aseguró Pedro–. No obstante, ten cuidado y a poder ser no te compliques la vida.

–A mi edad no estoy para enfrentamientos y menos para cuerpo a cuerpo –reconoció Frasco.

–Por eso te digo, amigo.

Hubo una pausa.

–Yo quiero meterle la carnaza con un buen anzuelo y luego darle un escarmiento, de los que guarde recuerdo toa su vida –prosiguió Frasco.

–¿Y quién es el anzuelo, si se puede saber?

–Mi mujer, ella va a hacer que él se confíe y venga hasta mí, el resto ya ni te cuento.

–Entiendo Frasco, pero te sugiero que cuando nades con un payo guardes bien la ropa, ¿entiendes la indirecta en términos consecuentes que puedan derivarse con la justicia?

–Sí, claro, perfectamente, amigo Pedro –dijo Frasco con expresión meditabunda.

–Bueno, espero haberte sido de gran ayuda, Frasco.

–Sin duda alguna, Pedro, y muchas gracias.

–De nada y yo no sé nada, ni he dicho nada...

–Te entiendo perfectamente y no te preocupes Pedro, hasta pronto...

–Cuídate, Frasco... –al instante se cortó la comunicación.

Frasco colgó el teléfono y luego masculló pensativo:

–A este pájaro le queda muy poca libertad. Mi casa va a ser su jaula.

Frasco estaba caviloso andando por la casa de un lado para otro.

–Anda siéntate y no te amargues la vida... –le dijo ella con voz queda–. Te vas a volver loco de tanto cavilar, por la mierda del tío ese...

–No puedo, me hierve la sangre de la cabeza de pensar que el malaje de Malasaña vuelva a meterse contigo –comentó él después de sacudir la cabeza–. Este gachó sa creío que todo el monte es orégano y se va a llevar una sorpresa, de las grandes.

Tras un silencio ella le preguntó:

–Dime Frasco, a qué conclusión habéis llegado tras la conversación telefónica con tu amigo, Pedro el policía.

–Pues entre otras cosas a que se trata de un elemento de lo más sinvergüenza, vago, bebedor, ladrón y mujeriego... –le dijo–. Vive como un paria y sus padres son dueños de una finca millonaria, en un pueblo cerca de Sevilla, creo recordar que se llama Écija. También me dijo que a poder ser que no me meta en líos.

–¿Y qué piensas hacer al respecto? –quiso saber ella.

–Hay dos caminos para la gentuza como esta, la ley paya y la ley gitana, y que yo de buen gusto le impondría la segunda –repuso pensativo–, pero que las descarto para que nuestra imagen no se manche. Ya sabes tú con lo negativo que resultaría ser, con eso de los comentarios y las habladurías de la gente sobre ti y el Malasaña...

–En eso estoy de acuerdo, Frasco, pero lo suyo en estos tiempos es denunciarlo al juzgado de guardia, pero allá tú con lo que decidas... –dijo ella.

–No mujer, yo respeto la justicia paya, pero no la comparto porque en algunos casos es el hazmerreír de granujas como el Malasaña –declaró con desdén y luego añadió con énfasis–: Nosotros los gitanos, tenemos nuestras propias leyes y esas son más efectivas y sagras a mi modo de ver. ¿Me has entendido, mujer?

María se quedó pensativa unos instantes. Luego asintió con la cabeza lentamente.

–Entonces, en resumidas cuentas, qué justicia vas a elegir entre ellas, ¿eh?

–Ninguna de las dos –repuso al fin tajantemente–, vamos a lavar los trapos sucios en nuestra casa... Dentro de ella le ajustaremos las cuentas, ¿te parece bien que este asunto lo arreglemos a nuestra manera y en privado?

–Es que no acabo de entender lo de arreglar a nuestra manera... –repitió ella, algo desconcertada–, por eso no sé qué decir.

–Mira, vamos a actuar tú y yo solos contra Malasaña –musitó Frasco–, pero te advierto de antemano que lo que hagamos con él, nadie, ni nuestra familia debe enterarse.

–De acuerdo, ¿pero cómo?

–Sentenciándolo a nuestra manera –dijo con firmeza y convicción–. ¿Te parece bien el plan?

Ella asintió lentamente con expresión reflexiva.

–¿Pero no pensarás matarlo, verdad Frasco?

–No. No habrá sangre... –la expresión del rostro de Frasco se transfiguró y su mirada se endureció, finalmente barbotó con malevolencia–, pero sí tendrá un escarmiento que no olvidará mientras viva...

María movió negativamente la cabeza tras enarcar una ceja con expresión interrogativa. Luego inquirió con cierta preocupación:

–¿Qué clase de sufrimiento, Frasco?

–Tú, tráemelo a casa y ya verás sobre la marcha...

–¿¡Aquí!?

–Sí, aquí en nuestro hogar –se apresuró a decir él–. Vamos a cortar de raíz este mal bajío que me está quitando el sueño y envenenando el aire que respiro.

–No sé, Frasco –dijo ella meditabunda–. A ver si este asunto se nos va a ir de las manos y al final vamos a terminar entre rejas.

–No te preocupes, confía en mí y no le des tantas vueltas al asunto –le replicó con sequedad.

Ella guardó silencio. «Frasco se está poniendo nervioso y me pone a mí también», se dijo.

–Vamos a crucificarle, pero sin cruz...

–¿Cómo...? –lo interrumpió ella nerviosamente.

–Tú calla y escucha... –le dijo esta vez en un tono seco. Escúchame, ¡vale!

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

–En cuanto vuelva a acercarse a ti, dale confianza, haz que se confíe y se sienta correspondido...

–Pero, ¿cómo, Frasco?

–Siendo astuta como una serpiente y cariñosa como una paloma mansa –le sugirió él, y tras una breve pausa añadió–: Cuando se acerque háblale y sé simpática, incluso finge que te gusta, de esa manera lo atraerás a tu terreno.

–Bueno –dijo ella sacudiendo la cabeza y sin tenerlas todas consigo–, pero si me comporto tal como tú dices, la gente que me conoce puede pensar que hay tomate, es decir, se percatarán de que estoy coqueteando y echándole los tejos... –hizo una pausa y continuó–. Esa es la mala imagen que voy a conseguir, ¿no crees?

Frasco hizo una mueca de dolor y se quedó pensativo unos instantes. Luego reconoció:

–Sí, tienes razón y de hecho es la sensación que darás, pero si de verdad quieres atraerlo y atraerlo como un corderito a su corral, ese es el camino a seguir... Solo será una única vez...

–Y cuanto lo traiga y entre en la casa, ¿qué pasará?

–Tú debes preocuparte de que beba a tope todo el alcohol que quiera, que de eso estamos bien abastecidos... –le sugirió él–. Una vez borracho y dormido ya lo maniataremos, el resto será pan comío, ya lo verás, confía en mí.

–Ya, y si no bebe lo suficiente qué haremos.

–Entonces no quedará más remedio que meterle un garrotazo en la cabeza y a dormir –zanjó él en tono decidido, al tiempo que extendía el brazo y le acariciaba la cara–. No temas, todo saldrá bien. Solo tendrá su merecido...

–Sí, creo que no nos queda más remedio –convino ella, por fin.

–No nos queda otra –repuso Frasco encogiéndose de hombros–. Es mejor actuar, de lo contrario el payo no cesará en su empeño y seremos el hazmerreír de la barriá, y yo como gitano no se lo voy a permitir, antes prefiero la cárcel a la deshonra.

–Te comprendo y llevas toda la razón, pero ya veremos cómo salen las cosas –musitó ella con cierto recelo–. No olvides que puede llegar a violarme antes de que se emborrache...

–Mujer, tú nunca permitas que te meta mano, y menos que te toque o penetre el je-droñó –rezongó–, si lo intentara ponte a gritar todo lo fuerte que puedas, pa que yo te escuche, salga de donde esté y lo acuchille... –le dijo finalmente en tono resuelto, sin pararse a pensárselo dos veces.

–Ya, pero si sucediera a la fuerza qué pasaría... –dejó la pregunta en el aire.

–Te repito que eso nunca debe suceder –le recordó él, en tono evasivo–. Yo lo que quiero es que caiga sin fuerzas y atraparlo, de lo otro no me hables, porque no lo quiero ni pensar...

–Ya, pero me expongo a lo que tú ya sabes... porque este es de los que van al grano, aquí te cojo y aquí te meto... –dijo ella pensando en esa hipotética posibilidad.

–Bueno yo no digo na, qué quieres que diga mujer –refunfuñó–. No hagas que me haga sentir un cabrón consentío, que no lo soy, ¡por Dios...! –se interrumpió unos instantes y añadió–: Lo único que deseo es que caiga este malaje, sea como sea. ¡Ea! Y no se habla más...

Ella lo miro con cierta resignación y terminó asintiendo con expresión meditativa.

## 4

Sobre las once de la mañana, María se arregló la cara superficialmente, como de costumbre, con un poco de pintalabios y colorete para las mejillas y se retocó el pelo. Se puso las gafas de sol, enganchó la correa al collar del caniche y se despidió de su marido.

–A ver si tienes suerte y lo pescas, María –comentó Frasco con cierta preocupación.

–Si pica el anzuelo el resto es pan comio –dijo ella con firmeza–. Ahora estoy decidida a todo.

–Esperemos que así sea... –musitó Frasco con aire pensativo.

–Vamos a dar un paseo, Cali –dijo ella, mientras salía por la puerta y bajaba por la escalera, hasta la puerta de la calle.

María se encaminó hasta el parque, diez minutos después entraba por la arboleda y miró por la frondosa vegetación. Su cabeza hervía cavilando cómo debía entablar conversación y el modo de convencerlo sin que malpensara un ápice. Se sentó en un banco esperando la presa. Quince minutos después una mano por detrás se posó en su cabeza.

–Quién es, quién eres... –dijo ella, sobresaltada.

–Adivina –se escuchó una voz grave de un hombre.

«¡Ozú!, es la voz de Malasaña», se dijo ella.

–Quien sea es bien venío, seguro que eres un conocio amigo –fingió ella no conocerle.

–¿Y también puedo sentarme y charlar contigo?, ¿me lo permites? –preguntó él en un tono de voz comedido.

–Sí, claro, pero déjate ver ya –le pidió sonriendo.

«Esto comienza bien. Vamos a jugar al gato y al ratón, pero atrevidamente», pensó ella.

Malasaña se dio un bote y se sentó al lado de ella.

–Qué pasa, María –la saludó en tono zalamero–. ¿Cómo está mi niña, eh?

–Bien, ¿y tú?

Malasaña parpadeó algo sorprendido tras escuchar el tono de la contestación y por su forma de comportarse.

«Esto parece que marcha mejor que otras veces, será que en el fondo le gusto», pensó él.

–Hoy tienes mejor carácter conmigo que otras veces –comentó él, con una sonrisa en los labios.

–Y tú el guapo subió, igual es por eso...

–¿Eso va en serio o estas burlándote de mí? –dijo Malasaña entrecerrando los ojos con expresión interrogativa–. Dime la verdad, ¿yo te gusto?

Ella frunció los labios y mirándolo con dulzura aseveró:

–Desde el primer día, lo que pasa que soy mujer casada con un hombre, y eso es una barrera para la decencia...

–Tengo que decirte que estás muy cambiada conmigo, ¿no es cierto?

–Sí, lo admito...

–¿Ahora sí y antes por qué no? –se preguntó él, mirándola a los ojos fijamente.

Ella permaneció pensativa unos instantes.

–Antes me pillaste en mal momento –le respondió, mirando sus ojos intensamente.

–Ya, ¿y se puede saber ahora el motivo de este cambio? –quiso saber él, con cierto recelo.

–Verás, he estado pensando que la vida son dos días... y como eres muy pesado conmigo, y no desistes de tus pretensiones...

–¿Me estás diciendo que tú y yo podemos entendernos en todos los sentíos? –se apresuró a decir Malasaña esbozando una débil sonrisa.

–Sí –asintió ella con la cabeza y luego repitió–, en todos los sentíos, para que no te quepan dudas. Yo to da tuya y tú mío, pero que esto debe quedar entre nosotros hasta la tumba.

–No te preocupes que yo pa eso soy de ver oír y callar –dijo llevándose el dedo índice a los labios–. Y a todo esto me preguntaba si tu marío sabe que te he echado los tejos.

–En primer lugar mi marío no sabe nada, pero ya no está pa trotes y le cuesta cumplir... –comentó ella fingiendo un suspiró, y tras una leve pausa justificó–: En segundo lugar, ¿cómo le voy a hablar a él, de alguien que me gusta? Pero claro, soy la mujer de un hombre, una fruta prohibida y no te lo iba a poner fácil a la primera, ¿entiendes?

«Ya sabía yo que esta entre otras cosas estaba pasando hambre de hombre», pensó él.

–Perfectamente –dijo sonriendo–. Yo no es por- dárme las de pan y manteca, pero soy hombre que derrite a las mujeres entradas en edad.

–¿Entonces de verdad te gustan más las mujeres mayores que las jovencitas? –le preguntó ella con cierta incredulidad.

–Un rato más... –respondió él enfáticamente.

–¿Y eso...? –quiso saber ella, mirándolo a los ojos.

–Mujer, porque la experiencia sexual tuya va por delante de una joven –dijo sin un ápice de pudor–. Las jóvenes solo saben calentar, pero no saben engrasar los ejes como es debido...

–Además de gracioso, simpático –musitó ella, mirándolo con ternura, al tiempo que posaba la mano en su pecho velludo.

Él se acercó un poco más y le acarició la cara y los labios con sus grandes manos. Luego le dijo:

–Siempre con verte me has puesto al rojo vivo. Eres una hembra fuera de lo común, de lo que ya no queda.

Ella sonrió. «Este ya está más dentro que fuera de la jaula», pensó.

Él, la rodeó con sus fuertes brazos, la abrazó y la besó en sus carnosos labios.

–Hace muchos años que no he sentido ese besar y ese calor de hombre varonil –dijo fingiendo gustarle los besos.

–Pues yo te daré en la cama todo eso que tas perdió, mi amor.

«Me lo llevo ahora a casa o nunca, no sea que pierda esta oportunidad», pensó ella.

–Pues cuando quieras –le dijo ella, con voz queda, mientras lo besaba con ardor.

Malasaña comenzó a jadear, tras los besos profundos miró hacia una frondosa vegetación.

–Vamos pa esos matorrales y te haré el amor como un bravo semental...

Ella lanzó una carcajada de gracia que le hizo.

–Sí, pero ese no es sitio adecuado...

–¿Por qué no?

–Porque está lleno de meadas y cagadas...

–¿Y dónde entonces, mujer? –preguntó él con expresión impaciente, tras encogerse de hombros.

–En la cama de mi casa, que está muy cerquita.

–¿Y tu marío qué? –preguntó enarcando una ceja con expresión interrogativa.

–Está de viaje por unos días... –dijo mintiendo con naturalidad–. Está en Burgos.

–¿A qué se ha ido allí tan lejos? –inquirió él.

«Oh, qué suspicaz es este tío», pensó ella.

–A un asunto de herencia –respondió ella, de inmediato.

–¿Y tú por qué no lo acompañas?

–Simplemente porque no me llevo bien con la familia, te parece poco –repuso ella.

–Ah ya, ¿entonces quieres decir que no hay nadie más en casa y que estas sola, no es eso?

–Sí, en efecto –asintió ella.

Hubo una pausa.

–Me gustas mucho y te lo digo tantas veces como un disco rayao, ¿y yo a ti cuánto?

–Lo bastante como para engañar a mi marío, te parece poco, ¿eh? –le contestó ella poniendo énfasis en las palabras.

–Con lo dicho me basta, mujer –dijo risueño, al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Hubo unos instantes de miradas tiernas y carantoñas.

–Bueno pues vamos pa tu casita, ¿vale? –le dijo en tono decidido.

–Sí, pero ahora no podemos ir juntos, daría que hablar al pico de los hurones... –se apresuró a decir ella con una pizca de picardía en la mirada.

–Pero mujer, entonces cuándo... –la interrumpió enfurruñadamente-. Ahora que estaba yo preparao para desenfundar...

–Pásate a eso de las diez que la gente está ya en sus casas –dijo ella, con cierto nerviosismo-. Es importante que no nos relacionen, ¿de acuerdo?

–¡No mujer! –Malasaña meneó la cabeza.

–Ten paciencia y sé comprensivo, que estas cosas se hacen con vista... –musitó ella.

Él se encogió de hombros y movió la cabeza en un lento gesto de resignación.

«Ya te tenemos, pardillo», se dijo, ella.

María sacó un bolígrafo del bolso y le apuntó la dirección en un papel.

–Toma la dirección de donde vivo, no la pierdas por nada de este mundo.

El Malasaña, extendió la mano y cogió el papel.

–Descuida, mujer –dijo al tiempo que le acariciaba el pelo.

Ella le dio un beso en los labios. Luego se levantó del banquillo y se encaminó hacia su hogar. Él se fue canturreando de alegría pensando que iba a pasar una noche inolvidable. Pero ignoraba la trampa, la peor pesadilla de su vida.